1872.

SALUD DE UNA ENFERMA Y TRANSFORMACIÓN DE UNA CIUDAD

No hace mucho que San Pedro de Arenas era una de las ciudades más descreídas de Italia. Un solo cura bastaba para una población de treinta mil almas, y mientras tanto la iglesia estaba casi desierta, había allí tres logias masónicas que destruían todo germen religioso.

Una señora distinguida, madre de cinco niños, casada con un empleado del ferrocarril, cayó gravemente enferma, y como los médicos no dieran ni la menor esperaza, el Cura le propuso recibir los últimos sacramentos; mas la enferma, poco acostumbrada á las prácticas de la religión, declaró que sólo se quería confesar con Don Bosco, á lo cual el marido, bien que incrédulo, no puso objeción alguna.

No tardó en venir Don Bosco, que precisamente pensaba á la sazón en abrir una casa en San Pedro de Arenas.

La enferma apenas le vió llegar mostró satisfacción extraordinaria. Don Bosco la consoló asegurándole que curaría si imploraba con fe á la Santísima Virgen y la confesó. En cuanto á la comunión, la dijo, será mejor la hagáis en la iglesia. Yo

quedaré aquí algunos días, pediré á mis niños que rueguen por vos, oraré y diré la misa por vuestra intención. Uno de estos días podéis irme á ver para recibir la santa comunión.

A estas palabras exclamó el marido con sorpresa é indignación.

— Señor Cura las chanzas no son oportunas; ¿no veis que mi esposa está moribunda, incapaz de bajar siquiera del lecho? ¿á qué hablarla de ir á la iglesia?

— María Auxiliadora todo lo puede, respondió tranquilamente Don Bosco. ¡Invoquémosla! Y poniéndose de rodillas, le imitó el marido, con gran asombro de todos, para recitar un *Padrenuestro*, *Avemaría*, *Gloria* y *Salve*.

Era el seis de diciembre de 1872. No dejéis de decir estas oraciones hasta Navidad, dijo Don Bosco al caballero; y después de darle una medalla y otra á la enferma se retiró.

Inmediatamente la señora advirtió que sus dolores cesaban y la fiebre desaparecía: estaba sana.

Pocos días después ambos estaban muy de mañana en la iglesia: él para dar acciones de gracias, y ella además para recibir la comunión de manos de Don Bosco.

Tal impresión produjo al marido esta súbita é inesperada curación que no tardó en convertirse.

No cesaba de repetir, profundamente conmovido, que á la presencia de Don Bosco en San Pedro de Arenas debía la vida de su esposa y la paz del corazón.

La influencia de esta gracia se extendió todavía más; la ciudad entera al tener conocimiento de ella pareció transformarse.

Pronto se estableció allí la Pía Sociedad Salesiana en una casa ofrecida á Don Bosco y en la que se alberga un crecido número de niños. Erigióse en seguida una gran iglesia parroquial, y diez sacerdotes salesianos trabajan hoy en día por el bien de las almas.

1878.

UN BRAZALETE DE ORO

El 24 de mayo de 1878, precisamente día de la fiesta de María Auxiliadora, un joven oficial, en cuya fisonomía se advertía profunda tristeza, se presentó en el Oratorio de San Francisco de Sales, en Turín, y con palabras entrecortadas por la emoción dijo á Don Bosco:

— Padre mío, hace tiempo que mi esposa se halla enferma de gravedad y hay temor de que ya se acerque su fin. Yo no puedo resignarme á perderla y en el nombre de Dios os suplico que le alcancéis la salud.

Don Bosco le alentó con piadosas y consoladoras palabras é invitándole á ponerse de rodillas, juntos recitaron por la salud de la moribunda algunas oraciones á María Auxiliadora.

Una hora haría que se había retirado el oficial cuando de nuevo vuelve á toda prisa.

— Desearía hablar con Don Bosco.

— No es posible en este momento; preside la reunión de los bienhechores de la casa, congregados con ocasión de la solemnidad que hoy celebramos.

— Decidle mi nombre y que yo necesito absolutamente verle sólo un instante.

Cediendo á tales instancias Don Bosco sale á hablar con el oficial que le saluda radiante de contento.

— ¡Sabed, Padre mío, que mientras yo estaba con vos, mi esposa, á quien había dejado moribunda en el lecho, recobró la salud y las fuerzas, se vistió y cuando yo volvía me salió al encuentro á referirme lo ocurrido.

Y al mismo tiempo el oficial sacó del bolsillo un rico brazalete de oro y dándolo á Don Bosco le dijo:

— Este es un regalo matrimonial que hice á mi esposa; ahora, de común acuerdo y con todo corazón, lo ofrecemos á María Auxiliadora en reconocimiento del singular favor que nos ha hecho.

Don Bosco volvió á presidir la reunión y dijo á los bienhechores mostrándoles el brazalete. Hé aquí una ofrenda de gratitud por una nueva curación obtenida por mediación de María Auxiliadora.

— ¡Bendito sea su nombre!

1874.

UN ESTROPEADO

En la mañana del 4 de junio de 1874, fiesta del *Corpus*, al abrir la iglesia de María Auxiliadora en Turín, encontróse recostado en el umbral de la puerta á un hombre que parecía enfermo, y el cual preguntado sobre lo que deseaba, respondió que había venido á implorar la bendición de *María Auxiliadora* para obtener la salud.

Fué conducido ó mejor llevado á la sacristía, porque aunque usaba una muleta, tenía el cuerpo tan contrahecho que aun acompañado de una persona, difícilmente podía moverse.

A eso de las ocho llegó allí Don Bosco.

— Amigo mío, ¿qué deseáis?

— Que me hagáis la caridad de darme la bendición de María Auxiliadora para curar.

— ¿Cuál es vuestra enfermedad?

— Estoy tullido por un reumatismo y tengo una afección á la espina dorsal.

— ¿Cómo habéis podido llegar aquí?

— Durante la noche una persona me ha conducido en coche y me ha dejado á la puerta de la iglesia.

—¿Cuánto tiempo hace que padecéis así?

—Hace ya largo tiempo; pero de dos meses acá no puedo mover las manos.

— ¿Qué dicen los médicos?

— Que mi mal no tiene remedio; por lo que mis padres, mis amigos y mi párroco me han aconsejado que venga á implorar la bendición de *María Auxiliadora* que ha hecho tan maravillosas curaciones.

— Arrodillaos.

Con gran trabajo y ayudado de los asistentes consiguió arrodillarse.

Don Bosco le dió la bendición y luego le dijo:

— Si tenéis confianza en María, abrid la mano.

— No puedo.

— Sí, podéis; comenzad por extender el pulgar.

Lo extendió en efecto.

— Ahora el índice.

Lo extendió del mismo modo, y así sucesivamente todos los dedos.

Entonces lleno de gozo hizo la señal de la cruz exclamando:

— María Santísima me ha hecho esta gracia.

— Sí, María os ha hecho esta gracia; dad gloria á Dios poniéndoos en pie.

Quiso tomar la muleta.

— No, añadió Don Bosco, debéis dar esta muestra de confianza en María levantándoos sin muleta.

Así lo hizo. La quebradura de la espina dorsal y la contracción de las piernas y brazos habían desaparecido, y el hombre perfectamente sano se puso á andar á paso tirado en la sacristía.

— Amigo mío, id ahora á expresar vuestro reconocimiento á la Santísima Virgen haciendo una

genuflexión delante del altar del Santísimo Sacramento.

Obedeció en el acto.

— ¡Dios mío, Dios mío! exclamó, ¡Qué grande es mi dicha en poder, después de tanto tiempo, moverme y gobernar mi cuerpo! ¡María Auxiliadora, rogad por mí!

— Amigo mío, prometedme que en adelante tendréis gran devoción á la Virgen Santísima y que seréis un buen cristiano.

— Os lo prometo, y el domingo próximo me confesaré y comulgaré.

Y diciendo esto, toma su muleta, la tercia como si fuese un fusil, marca deliberadamente el paso á lo militar y sin decir palabra se retira.

Se creyó que volvería al menos para dar gracias á Dios; pero, recibida la bendición de María Auxiliadora, había obtenido la gracia que solicitaba y sin duda creyó que no tenía otra cosa que hacer, pues no se le ha visto más.

1875.

LA FUNDACIÓN EN NIZA

En Niza, el año de 1871, establecióse en Francia por primera vez la Sociedad Salesiana.

Jamás se ha hecho fundación alguna con mayor pobreza. Dos ó tres piezas alquiladas en la calle

de San Víctor, en un piso bajo, casi subterráneo, y pagadas por la Sociedad de San Vicente de Paúl sirviéronle para acomodarse.

Pronto la afluencia de niños obligó á buscar un local más conveniente. Después de probar varias residencias, reconocida la necesidad de comprar una casa, vino Don Bosco á Niza y llegó á la Plaza de Armas á visitar una propiedad que estaba en venta.

Don Bosco se contentó con entrar en el primer patio y visitar una pieza; y en seguida sin más examen se retiró diciendo:

— Ésta puede convenirnos.

Estipulóse sin demora la venta en noventa mil francos.

— Padre mío, díjole entonces el abogado señor Michel ¿no será aventurarse demasiado? Quizá por ahora pudierais contentaros con una propiedad menos valiosa ¿Cómo podréis pagar ésta cuando no tenéis ni lo necesario para la escritura de compraventa?

— Es verdad que nada tiene Don Bosco; pero pagada la escritura podrán todavía sobrar unos doce mil francos.

El señor Michel no podía creer que tal fuese el *haber de la caja*.

El Ilmo. Sr. Mermillod, ahora Cardenal, llegó entonces á Niza y tuvo á bien predicar un sermón para recomendar la Obra naciente.

La concurrencia fué inmensa.

Refiérese que mientras el ilustre Prelado con su

elocuencia admirable enumeraba el bien hecho por la Obra Salesiana en Italia, Don Bosco, rendido de fatiga, se quedó un rato dormido; pero despertando en momento oportuno hizo personalmente la colecta que produjo cinco mil francos. Llegaron en seguida otras limosnas de modo que pocos días después se pudo extender la escritura de compraventa, y, pagados los derechos de inscripción en el registro legal, quedaron en caja doce mil francos.

Grandes son los servicios prestados hoy en día por el Patronato de San Pedro en Niza, en el cual trescientos niños pueden albergarse y recibir los beneficios de la educación conforme al sistema salesiano.

EL PEQUEÑO VIOLINISTA

Preséntase un día en el Patronato de S. Pedro en Niza un pequeño músico ambulante, de aire despierto, y pide ser admitido. Conducido á Don Bosco, que había llegado en la víspera se acerca á él llevando bajo el brazo un mal instrumento en que consistía su caudal.

Don Bosco le examina con cariñoso interés.

— ¿De dónde eres, amigo mío?

— No sé.

— ¿De dónde vienes?

— No sé.

— ¿Dónde están tus padres?

— Tampoco lo sé; no los conozco.

— ¿A dónde vas?

— Yo no sé.

— ¡Bien! amiguito mío: tienes todas las cualidades requeridas para entrar en casa de D. Bosco. Y ordenó fuera admitido en el acto.

Ese niño es hoy día un excelente y honrado industrial.

1876.

UN SUEÑO

Una noche el eclesiástico que dormía en la alcoba contigua á la de Don Bosco le oyó hablar largo rato en alta voz y advirtió que su dueño era agitado.

Al día siguiente le preguntó:

— Padre mío, ¿habéis pasado mala noche?

— Sí, he tenido un sueño singular: hallábame en un país donde no se hablaba el italiano, y en medio de un campo he visto una casa con multitud de niños, unos en movimiento, otros ocupados en trabajos agrícolas acompañados por sacerdotes salesianos.

El mismo día (año de 1876), Don Bosco recibió una carta del Ilustrísimo señor Terris, Obispo de Frejus y Tolón que le ofrecía en la Navarra francesa, cerca de Hyères-Var, una propiedad muy conveniente para establecer un patronato agrícola.

En esa época Don Bosco no tenía en Francia más casa que la de Niza y aun ningún patronato agrícola.

Como había que salvar algunas dificultades, la propuesta no fué aceptada sino después de dos años.

Don Perrot, encargado de esta fundación, estableciose allí el 5 de julio de 1878 y pronto reunió tantos niños cuantos era posible albergar.

A fines de enero de 1879, Don Bosco, con ocasión de un viaje á Marsella, adonde era llamado para una nueva fundación, pasó á la Navarra francesa cuyo Patronato no conocía todavía.

Esta propiedad está situada como á doce kilómetros de Hyères: es un lugar solitario y hermoso. Dos colinas cubiertas de pinos y robles rodean la habitación y algunas viñas y campos cultivados se extienden al frente de ella; mas en aquella época las tierras estaban incultas y la casa notablemente deteriorada.

Los niños acompañados de Don Perrot salieron hasta los límites de la propiedad al encuentro de Don Bosco y, entonando cánticos, le acompañaron á visitar la pequeña capilla y en seguida la casa.

Apenas llegados al cortijo paróse Don Bosco á considerarlo con grande atención.—Verdaderamente este es el lugar que yo he visto en sueño, dijo; lo conozco todo perfectamente.

En efecto, Don Perrot ya había tenido conocimiento de ese sueño y observado que correspondía á la realidad en todos sus detalles. Don Bosco recordó aún la voz de un niño que cantaba allí y al cual había oído en la noche sobredicha.

— A no dudarlo, añadió, la divina Providencia tenía destinado este asilo á nuestros niños. *¡Bendita sea María Auxiliadora!*

1877.

DE CÓMO EL CONDE CAYS entró en la Congregación á los sesenta y tres años.

Era el Conde Cays hombre de gran piedad y amor á los pobres. Habiéndose quedado viudo y con un sólo hijo ya casado, quiso consagrar todo el resto de su vida á las buenas obras y con este fin consultó á Don Bosco.

Haceos sacerdote salesiano, fué la respuesta que ricibió.

Mucho le sorprendió al Conde este consejo, pues á causa de su profunda humildad creía no ser digno del sacerdocio, y, por otra parte, comenzar á los sesenta y tres años los estudios que las órdenes sagradas requieren le parecía empresa superior á sus fuerzas. No obstante, siendo grande su veneración por Don Bosco, meditó en ello y concluyó por familiarizarse un tanto con tal idea; mas la naturaleza se resistía y nunca le faltaban razones para no ponerla en obra. — Después de todo ¿quién me asegura que Don Bosco no se equivo-

que? Sin duda que recibe luces extraordinarias; pero el gran deseo que tiene de conseguir sacerdotes para su Oratorio ¿no le expondrá á alguna exageración? Yo no puedo tan á la ligera tomar una resolución semejante.

Una mañana, el 23 de mayo de 1877, víspera de la fiesta de María Auxiliadora, fué al Oratorio según su costumbre y entrando en la antesala de la estancia de Don Bosco, que estaba llena de gente, tomó asiento y se puso á observar á dos vecinas con atenta curiosidad. Eran una pobre mujer y su hija de diez á once años. Ésta á cada instante se deslizaba, ya hacia un lado, ya hacia el otro, de las rodillas de su madre — que la tenía como una masa inerte — y gruesas gotas de sudor inundaban su rostro.

Pasado un rato la madre se levantó y dando un profundo suspiro — sosteniendo á su hija que apenas podía moverse — se dirigió á la puerta.

Preguntáronle los que allí estaban por qué se retiraba sin hablar á Don Bosco.

— ¡Ah! respondió, no puedo aguardar más tiempo; mi hija sufre demasiado. Mucho siento que no me sea posible ver á Don Bosco, á quien sólo venía á pedirle tuviera la caridad de dar la bendición de María Auxiliadora á mi hija. Y refirió cómo la niña después de terribles convulsiones había quedado paralítica: la mano derecha sin movimiento alguno y tan débiles las piernas que no podía sin ayuda tenerse en pie, ni siquiera estar sentada. Agrégase á esto que hace un mes ha perdido completamente el uso de la palabra.

En efecto, á las preguntas que á la enferma se le hacen, ella sin articular ni una sílaba, sólo responde con algunos movimientos de cabeza.

Todas las personas presentes, movidas á compasión, decidieron entonces de común acuerdo que fuera la primera en entrar apenas llegara la ocasión.

Era evidente que sin un milagro esa niña, almenos inmediatamente, no podía sanar. En esto le asaltó al conde Cays un pensamiento. Elevando su alma á la Santísima Virgen le rogó que con una gracia tan extraordinaria le diera como el testimonio manifiesto de su vocación, en la cual ya no vacilaría.

Instantes después ábrese la estancia y entran la madre y la hija. Apenas estuvieron dentro de doce á quince minutos cuando se presentan acompañadas de Don Bosco, la madre deshaciéndose en llanto de puro gozo, y la hija, transformada, andando sin ayuda alguna y exclamando en alta voz:

La Santísima Virgen acaba de concederme la gracia. Esta gracia fué completa porque las piernas habían recobrado sus fuerzas, el brazo paralizado entera libertad y la lengua su movimiento.

Esta singular curación disipó todas las dudas del conde Cays, y llegó á ser sacerdote del Oratorio de San Francisco de Sales (1).

(1) El 4 de octubre de 1882 el Señor llamó á sí á D. Carlos Alberto Cays, Conde de Giletta y de Caselle, antiguo diputado en el Parlamento Subalpino y por fin sacerdote salesiano.

1877.

UN CORONEL

Estando Don Bosco en Roma, acompañado de su secretario, atravesaba un día la calle del Corso cuando se le acerca un coronel en traje de gala:

— Señor, ¿sois acaso Don Bosco?

— ¿Por qué esta pregunta?

— Deseo saber si sois Don Bosco.

— Pero convendría saber...

— En fin, señor, ¿sois ó no Don Bosco?

— Sí, lo soy.

Don Bosco tenía motivos para recelar de semejante investigación, hecha además con tono un tanto brusco. Mas apenas dicho su nombre el Coronel, en medio de la calle, se le echa á los pies y le estrecha la mano sobre el corazón:

— ¡Oh, Padre mío!

— Coronel ¿qué tenéis? ¿qué es lo que hacéis?

— Padre mío, ¿no os acordáis del pobre huérfano que recogisteis en... cuando se encontraba en medio de la calle, solo, sin recursos, sin saber qué hacer? Durante seis años me disteis asilo, me servisteis de padre y madre; ¿cómo queréis que no os manifieste mi reconocimiento?

— ¡Hola! ¡eres tú rapazuelo! contestóle sonriendo Don Bosco, á la vez que le daba una cariñosa palmada en la mejilla. Parece que no has hecho mala carrera en el mundo.

— Es verdad; apenas salí del Patronato me afilié en la milicia y, gracias á la instrucción que me proporcionasteis, no tardé en ser oficial y soy ahora Coronel.

No quiso dejar á Don Bosco sin obtener la formal promesa de que al día siguiente le acompañaría en su casa á comer.

Presentóle entonces su mujer y tres hermosos niños. Era un hogar feliz, y Don Bosco dió gracias á María Auxiliadora de la protección visible acordada á uno de los huérfanos del Oratorio.

1877.

UN COCHERO

Un día que en Roma llovía á cántaros, habiendo montado en un coche de posta, deseaba Don Bosco dar una buena gratificación al cochero que estaba empapado; pero le ocurrió no tener en el bolsillo sino justamente el valor debido. Manifestóle, pues, su sentimiento y añadió:

— Yo rogaré por vos.

— ¡Rogaréis por mí! Es cosa original; es la primera persona que así me habla.

— ¿Será posible?